

# DEMOCRACIA, CAPITALISMO, SOCIALISMO Y EL CASO ARGENTINO

(Versión preliminar)

**Aldo Isuani**

## 1. INTRODUCCIÓN

La Argentina es una sociedad peculiar que presenta desafíos significativos a quienes buscan comprender su trayectoria. A comienzos del siglo XX había alcanzado una presencia económica internacional destacada junto al surgimiento de nuevas instituciones como la consolidación de un Estado federal, educación pública gratuita, políticas públicas de sanidad y sufragio universal masculino, entre otras notas. Pero progresivamente y en especial en la segunda mitad del siglo, el ímpetu del capitalismo argentino fue cediendo y recrudeció el conflicto social y político acompañado por frecuentes rupturas del orden constitucional. Al mismo tiempo, la sociedad fue empobreciéndose e incrementando sus niveles de desigualdad. Así, en lugar de la sociedad moderna e integrada a la que parecía estar destinada, fue generando bolsones de exclusión que la asemejan más a otras sociedades latinoamericanas que a aquellas europeas a las que pretendía imitar. El declinio llega hasta nuestros días y así las promesas que auguraban el ingreso de este país al círculo de naciones capitalistas avanzadas se convirtieron en un proceso de rezago no solo frente a las naciones desarrolladas sino también en comparación con otras naciones latinoamericanas respecto de las cuales poseía liderazgo en variados aspectos sociales y económicos hasta la década del setenta.

Este trabajo pretende brindar elementos que ayudan a explicar este comportamiento particular y para ello el marco conceptual que guiará este trabajo se basa en un tema clásico de la teoría política y social, esto es, las tensiones entre democracia y desarrollo capitalista que brinda a mi parecer las bases para un mejor entendimiento del fenómeno en cuestión.

Es decir, Argentina constituye a mi juicio un caso especial de la tensión mencionada; una sociedad donde el ideal igualitarista avanzó significativamente al mismo tiempo que el capitalismo perdía pujanza. Ello derivó no solo en quiebres frecuente del orden democrático sino también en anomia, pérdida de autoridad y conflicto intenso. Es necesario aquí entonces, caracterizar los rasgos centrales de dicha tensión y lograr explicarla.

El fenómeno además está anclado en la situación contemporánea de un capitalismo que volvió a sus raíces liberales luego del corto verano keynesiano y que presenta crecientes rasgos excluyentes y una sociedad que avanzó significativamente en su grado de urbanización y exposición a la circulación de información fruto del notable avance de las tecnologías de la información y comunicación. Como se verá, dichos fenómenos modifican sustancialmente las formas que adquieren las tensiones clásicas entre capitalismo y democracia.

Para llevar a cabo este propósito, en un primer momento presentaré los elementos teóricos que guían al trabajo y que incluye una caracterización del capitalismo contemporáneo, una discusión sobre el contenido del término democracia y de los arreglos que son necesarios para que capitalismo y democracia puedan coexistir sin mayores tensiones. De este análisis surgirá una tipología que permite ubicar la singularidad del caso argentino.

Sobre la base de este desarrollo teórico, en un segundo momento recurriré a una interpretación de la evolución de la sociedad argentina en el siglo XX que ayude a comprender aspectos centrales de su problemática contemporánea. El eje de análisis es la tensión fundamental a la que ha estado expuesta esta sociedad como consecuencia de la no resolución de la tensión entre procesos profundos de democratización y redistribución del ingreso por un lado y, los límites impuestos por las características locales del proceso de crecimiento económico, por el otro, ocasionando un largo estancamiento y decadencia.

A partir de este análisis se esbozarán los diversos caminos que se le abren en el futuro a la sociedad argentina evaluando la viabilidad de cada uno de ellos y de su capacidad de alterar el curso decadente en la que se haya inmersa. Este análisis se extenderá a discutir la idea de un socialismo democrático y su posibilidad de existencia las sociedades contemporáneas.

## **2. CAPITALISMO Y DEMOCRACIA**

### **a. Un debate teórico**

La asociación entre desarrollo capitalista y democracia está vastamente difundida en la literatura de las ciencias sociales (DAHL 2004). El punto central del argumento es que el desarrollo del capitalismo termina conduciendo a la adopción de regímenes políticos basados “en la regla de la mayoría”, esto es, sistemas democráticos. El punto fuerte de esta asociación está basada en la correlación positiva entre sociedades de alto desarrollo capitalista y adopción de sistemas democráticos. Pero por otro lado, no es imposible encontrar desarrollos capitalistas potentes funcionando en sistemas políticos autoritarios. Los casos de Taiwan y Corea del Sur, y más recientemente China son ejemplo de ello, como también lo fueron los casos chileno y brasileño durante las dictaduras militares que experimentaron y que permitieron en ambos países un desarrollo capitalista mucho más pujante que el que poseían en las democracias previas.

Es por ello que hay perspectivas teóricas que ponen en cuestión esta necesaria asociación entre desarrollo capitalista y democracia y señalan las tensiones existentes entre ellas que se deberían a los principios contradictorios que estructuran ambos sistemas: el capitalismo implica, entre otras cosas, jerarquía y disciplina en las relaciones laborales junto a un sistema legal que protege los derechos de propiedad; es decir la existencia de un “orden” que lo favorezca. Por el contrario, la democracia implica participación y la promoción de la igualdad o lo que es lo mismo el rechazo de la subordinación social y de la desigualdad en general.

En el trabajo “Democracia y Capitalismo” escrito hace casi tres décadas, Samuel Bowles y Herbert Gintis (BOWLES y GINTIS 1986) analizaron la contradicción que introduce en la dinámica social la coexistencia de los principios de participación y soberanía popular expresados por la democracia y los principios de jerarquía socioeconómica y derechos de propiedad, núcleo central del capitalismo. Por ello es dable pensar que ambos sistemas están en una tensión constante con potencial para derivar en la supresión de alguno de los términos: ante una amenaza a la sobrevivencia del capitalismo, la democracia podría ser eliminada (España, Chile) y por el contrario la intensificación de la participación podría derivar en un proceso revolucionario que acabara con cualquier posibilidad de desarrollo del capitalismo (URSS, China, Cuba).

De acuerdo a los autores, para garantizar la coexistencia de ambas instituciones fue necesaria la puesta en práctica de lo que denominan “acomodaciones”. De ellas, dos son las relevantes para nuestro trabajo.

La primera acomodación, que los autores asocian al pensamiento de James Maddison, podría ser denominada como “**Divide et impera**”; esto es, la posibilidad de cohabitación entre democracia y capitalismo está dada cuando los mas se hallan suficientemente divididos como para que la democracia no represente una amenaza para el funcionamiento de este último. Este camino puede ser utilizado a través de la explotación de los clivajes sociales, étnicos o religiosos de la sociedad, de la utilización y manipulación de elementos simbólicos como el nacionalismo, de las amenazas de “capitalist strike”, etc. Esta acomodación introduce la idea de la manipulación de las mayorías por parte de la minoría evitando la agregación de aquellas y que constituyan un riesgo para la sociedad capitalista.

En segundo lugar, la acomodación **Keynesiana** insinuada en la Gran Depresión a través del New Deal de Roosevelt pero efectiva en Occidente a partir de la segunda posguerra permitió integrar armoniosamente capitalismo y democracia proveyendo ventajas tanto para propietarios como para proletarios; así, sistemas políticos basados en el sufragio universal podían ser compatibles con una economía de pleno empleo, consumo popular y beneficios sociales coexistiendo con ganancias empresarias en ascenso. En ella los trabajadores renuncian a su pasado revolucionario (aquel de alta conflictividad que protagonizaron en el siglo XIX y a comienzos del siglo XX) y aceptan tanto la propiedad privada de los medios de producción como la prioridad del capitalista en las decisiones de inversiones y a cambio obtienen mejoras salariales y en las condiciones de trabajo y también el reconocimiento legal de organizaciones que los representen: esto es, los sindicatos. En síntesis, esterilizando orientaciones de las mayorías que pudieran representar un peligro al orden capitalista o produciendo un proceso de distribución que mejorara sensiblemente las condiciones de vida de aquellas sin estorbar el proceso de acumulación eran las dos formas de hacer compatibles democracia y capitalismo.

Las otras dos “acomodaciones” tratadas por los autores son, en primer lugar aquella que encontraría sus raíces en la **democracia censitaria**. Se trata del régimen político arrancado por la burguesía al absolutismo monárquico, restringida a los sectores propietarios y que tuvo vigencia en Occidente hasta comienzos del siglo XX. Esta acomodación permitía al pequeño grupo de propietarios controlar el sistema político implementando un orden jurídico y políticas tendientes a favorecer el desarrollo capitalista y mantener a las mayorías fuera de los negocios públicos. Esta acomodación no resistió luchas que lograron finalmente el avance de los derechos políticos del

conjunto de la ciudadanía, es decir el sufragio universal para varones primero y mujeres después, en un vasto conjunto de sociedades durante el siglo XX

También según los autores, otra acomodación debería su inspiración a **Tomás Jefferson** quien imaginaba a los Estados Unidos de Norteamérica como una sociedad de pequeños propietarios rurales y una democracia que integrara a todos ellos; basaba esta esperanza en la amplitud de tierras disponibles, sin duda excepcional, del caso norteamericano. Sin embargo la aparición de los sectores obreros urbanos y de esclavos en la sociedad norteamericana redujo esta acomodación a una utopía.

En relación a estas dos últimas acomodaciones, difícilmente pueda caracterizarse actualmente como democrática a una sociedad con sufragio censitario. Un “demos” reducido a una pequeña proporción de la población dejó hace mucho tiempo de ser aceptable. Tampoco la segunda acomodación debe tomarse en serio ya que una sociedad de propietarios rurales puede ser democrática pero difícilmente pueda ser calificada de capitalista.

## **b. El Capitalismo Actual**

La tensión entre capitalismo y democracia y sus diversos tipos de acomodación en el trabajo de Bowles y Gintis, tenían como telón de fondo la existencia de una opción a la democracia, esto es la dictadura, pero también una opción al capitalismo: el socialismo o el comunismo. De esta forma la exacerbación de la contradicción podía acabar en un capitalismo sin democracia o en el socialismo lo que implicaría una profundización de la democracia.

El caída simultánea del Estado keynesiano en Occidente por el proceso inflacionario y de estancamiento económico a partir de la década del 70 y del comunismo por la desintegración de la Unión Soviética dejaron sin sustento a este planteo. En otros términos, el surgimiento del capitalismo neoliberal como la única opción existente de sistema de producción y distribución, eliminó la posibilidad de que sea el capitalismo el que pueda ser abolido en la ecuación. Por otro lado, había quedado demostrado que mientras el capitalismo podía vivir sin democracia, la democracia no se profundizaba necesariamente con la destrucción del capitalismo sino que por el contrario los sucesores socialistas no podían desembarazarse de regímenes autoritarios.

Ahora bien, la dinámica del capitalismo actual representa un problema serio para el funcionamiento de la democracia. El retorno al desempleo y al temor al desempleo luego del “recreo keynesiano” y la precarización del mundo de trabajo introducen problemas al funcionamiento democrático: menos tiempo y voluntad de participar. El siglo XXI nos encuentra en un contexto de desigualdad creciente, de consumo ostentoso y de poblaciones urbanas e informadas que saben de la invitación que el capitalismo les hace pero que en grandes proporciones no pueden franquear el acceso a la puerta que conduce al festival de consumo. Frustración, resentimiento, violencia es una de las consecuencias. El capitalismo neoliberal eliminó la amenaza revolucionaria proveniente de la política, pero incentivó el conflicto social, de consecuencias aun imprevisibles y aunque no es el capitalismo el que está en juego si lo está su adecuado funcionamiento.

Mientras tanto, el modelo de ultra consumo que no puede ser alcanzado por vastos sectores sociales produce un problema de deslegitimación menos para el capitalismo que para la democracia y a sus actores principales, los partidos políticos. Es a ellos a quienes se les imputa la responsabilidad de la brecha entre expectativas y realidades, y de la frustración que ello provoca. Los que dirigen el Estado se encuentran entonces con el movimiento de pinzas entre quienes detentan el poder económico y no va a permitir “locuras”, esto es, medidas perjudiciales para el desarrollo capitalista y las mayorías ciudadanas que requieren los beneficios que el capitalismo promete.

En relación a la acomodación keynesiana en esta nueva etapa de capitalismo, el desmantelamiento de una institución central del keynesianismo, esto es el pleno empleo, fue operado por la “subversión” que implicaba la capacidad de presión de las masas amparadas dicho pleno empleo (O’CONNORS 1984, ISUANI 1991) ¿Qué acomodación cabe entonces cuando el pleno empleo keynesiano ya no está vigente y el capitalismo no está en cuestión?

Puede afirmarse que la capacidad de respuesta del Estado de Bienestar es la clave. Efectivamente el Estado keynesiano sufrió un agudo proceso de desmantelamiento por la revolución neoliberal pero ello no sucedió con el complejo sistema de políticas distributivas del denominado Estado de Bienestar. El gasto social, a pesar de las intenciones de contraerlo, no cedió y hasta aumentó. La información disponible muestra que en sociedades con sistemas políticos democráticos los gastos estatales en servicios sociales mantuvieron su nivel o aun crecieron tanto en países centrales como en desarrollo<sup>1</sup>. Solo la dictadura de Pinochet en Chile fue a fondo con privatizaciones en las áreas sociales pero ello no sucedió en los gobiernos emblemáticamente neoliberales como los de Thatcher o Reagan y aquellas sociedades latinoamericanas en las que los cambios neoliberales se encontraron desarrollándose en entornos democráticos

Reemplazamos de esta forma la acomodación keynesiana por la mediación que el Estado de Bienestar cumple en armonizar capitalismo y democracia pero como se verá el buen funcionamiento de esta acomodación implica la existencia de un capitalismo desarrollado y una sociedad con alto impulso igualitario.

La otra “acomodación” también debe ser redefinida. Así no se trataría solo de la visión que nos proponen Bowles y Gintis de un clásico “divide et impera” sino la noción de hegemonía cultural capitalista que tiene básicamente que ver con la existencia de una ideología o cultura imperante por la que se aceptan las desigualdades socioeconómicas y se fija en el individuo la responsabilidad de la suerte que corrió en el mercado. En otras palabras, cuando el impulso democrático relativo a la situación socioeconómica es débil aunque sean valorados los derechos asociados al ejercicio de la ciudadanía civil y política.

De esta forma el Estado de Bienestar por un lado y un “Divide et “ que incorpora la noción de hegemonía cultural capitalista por el otro, son las dos maneras en las que se

---

<sup>1</sup> La evidencia empírica es contundente en revelar que mientras la porción del PBI destinado al gasto público tendió a estabilizarse hacia fines del siglo pasado, los recursos destinados a los sistemas de políticas sociales experimentaron un incremento. El caso europeo puede examinarse en el trabajo de PIERSON 1994 Y CASTLES 2004 y el latinoamericano en CEPAL 2004. En relación a Argentina puede consultarse ISUANI 2010

puede intentar armonizar la democracia con el buen funcionamiento del sistema capitalista.

### c. ¿Cuál democracia?

La democracia no es un concepto unívoco y por ende es necesario aclarar como abordaremos conceptualmente el tema.

La idea igualitaria que inspira la democracia refiere a que los ciudadanos de una sociedad poseen el mismo derecho a participar en la definición de quienes se harán cargo de las cuestiones públicas, a ser elegidos como representantes, a expresarse públicamente, a participar de las organizaciones que deseen, a no ser condenados sin juicio justo, etc. . Por lo tanto, los derechos políticos no pueden estar escindidos del goce de aquellos derechos civiles esenciales para el libre desarrollo y desempeño de los individuos. Es decir, la igualdad en el acceso a los derechos civiles y políticos son cruciales en la definición de una sociedad democrática. Pero la idea igualitaria puede extenderse al ámbito de los derechos socioeconómicos y en este caso también puede considerarse un rasgo central de la democracia la existencia de avances en los niveles de igualdad socioeconómica.

El problema es que derechos civiles y políticos por un lado y sociales por el otro pueden marchar juntos pero también pueden hacerlo por separado y entrar en contradicción. De esta manera, un capitalismo robusto puede prosperar en las democracias políticas que avanzaron significativamente en términos de igualdad social, esto es, en aquellas donde la capacidad de organización y presión de los de “abajo” lograron un Estado fuertemente redistributivo. Pero también podemos ver un capitalismo potente en sociedades donde rigen plenamente los derechos civiles y políticos democráticos pero existe marcada aceptación de la desigualdad social. Además no debemos obviar que avanzaron en procesos de igualdad socioeconómica Estados autoritarios con ausencia o severas limitaciones de los derechos políticos y civiles propios de la democracia instalando sistemas estatistas de producción y distribución.

¿Por lo tanto que nos quieren decir Bowles y Gintis cuando plantean la tensión entre capitalismo y democracia?. Sin duda se refieren a las dificultades que la democratización puede acarrear al capitalismo cuando existe un cuestionamiento de la desigualdad que éste produce y al conflicto que puede generar en proporción con el grado de rechazo de esta desigualdad. De hecho, es el impulso igualitario en el terreno de lo social y lo económico mas que la demanda de igualdad civil o política el que puede generar problemas para el capitalismo y el que requiere formas de acomodación.

Este problema se presenta con las sociedades donde la desigualdad socioeconómica es fuertemente rechazada. En este caso el capitalismo puede tener serios problemas de funcionamiento y solo la existencia de un potente Estado de Bienestar puede acomodar un sistema democrático pleno con un desarrollo capitalista fluido. Donde el problema parece no tener solución es en aquellas sociedades donde la sociedad demanda igualdad social pero el capitalismo no tiene capacidad para generar un Estado de Bienestar capaz de permitirle un funcionamiento aceitado. Aquí se produce un conflicto visible entre capitalismo y democracia. Por un lado el capitalismo tiene dificultades para responder al

nivel de demandas sociales y debilita su funcionamiento. Por el otro lado la democracia política carga con la responsabilidad de la contradicción y también se debilita. La aparición de sistemas con tendencia al autoritarismo es una consecuencia. De esta forma ni democracia plena ni capitalismo potente son el resultado y la sociedad que no puede destrabar este conflicto sufre una decadencia.

A continuación presentaré una tipología que estimo será de utilidad para ilustrar las afirmaciones realizadas.

#### **d. Potencia Capitalista e Impulso Igualitario**

El siguiente cuadro ilustra nuestra idea. Dos variables son combinadas en el mismo. Por un lado la variable Potencia Capitalista concepto que no se resume a la idea de desarrollo capitalista. Se trata mas bien de sociedades donde el capitalismo posee un buen funcionamiento con independencia del nivel de desarrollo económico alcanzado por la sociedad y que se traduce en la capacidad de este sistema de generar crecimiento económico significativo.

Por otra lado, la variable Impulso Igualitario que refiere a esta dimensión de la democracia relativa a la búsqueda de mayores niveles de igualdad socioeconómica, elemento presente en determinadas sociedades y que está ausente o es débil en otras. Se entiende entonces como una predisposición generalizada en la sociedad al rechazo de la desigualdad de naturaleza socioeconómica, percibida como consecuencia del funcionamiento de la sociedad y acompañada por un nivel significativo de capacidad organizativa y de presión para defender y aumentar lo que se posee por parte de las mayorías de la población.

Impulso Igualitario	BAJO	ALTO
Potencia Capitalista		
POTENTE	TIPO I EEUU, China, Brasil, Chile	TIPO II Alemania, Francia, Países Escandinavos
DEBIL	TIPO III Paraguay, Honduras.	TIPO IV Argentina

El **Tipo I** que combina un potente desarrollo capitalista con un débil impulso igualitario admite dos subtipos:

- a. EEUU aparece con el mas claro representante de esta modalidad del tipo I. Sociedad capitalista avanzada por excelencia y la democracia política mas antigua y consolidada. Sin embargo el impulso igualitario es débil ya que las desigualdades son atribuidas al desempeño de los individuos y no al funcionamiento del sistema capitalista. Es decir, existe “hegemonía” capitalista en términos gramscianos que legitima socialmente las desigualdad socio-económica. También Brasil puede ser ubicado en esta modalidad ya que la democracia convive con un capitalismo pujante y sectores socialmente subordinados con resignación a la desigualdad y sin mayor capacidad de presión por sus intereses.
- b. Otra modalidad del tipo I con un capitalismo próspero son gobiernos autoritarios que reprimen el impulso igualitario. Quizás el ejemplo chino o coreano sean paradigmáticos pero también puede aplicarse al caso del Chile pinochetista. Una población disciplinada, sin mayores derechos ha sido una forma clásica de desarrollo capitalista tanto en tiempos pasados como en los actuales.

En el **Tipo II** existe democracia política, es fuerte el impulso democrático y la potencia del capitalismo es alta; en este caso la acomodación es llevada a cabo a través de los productos de un Estado de Bienestar suficientemente generoso para contener las demandas de igualdad socioeconómica. Es el caso de los países europeos, y especialmente los escandinavos. Podría hipotetizarse que en estos casos, un cercenamiento significativo de lo que ofrece el Estado de Bienestar tensionaría la relación entre capitalismo y democracia poniendo en peligro tanto el funcionamiento del capitalismo como el de la democracia. La actual crisis europea muestra un escenario de esta naturaleza y están aun por verse sus consecuencias.

En relación al **Tipo III** donde coexiste un capitalismo débil con un bajo impulso igualitario, exista o no democracia política, nos encontramos frente a casos que no poseen relevancia para nuestra discusión en este trabajo. En estas sociedades el bajo impulso igualitario o la subordinación social es fruto de una combinación de elementos como pobreza, falta de educación, factores culturales o religiosos, marcada represión, ausencia de organización, entre otras. Y si bien el capitalismo en sociedades socialmente desmovilizadas tiene condiciones para ser exitoso, cuando no lo es las razones deben ser buscadas en factores tales como actores capitalistas débiles, mercados de dimensión insignificantes, pobreza de recursos de la sociedad en cuestión, etc

El **Tipo IV** está ilustrado claramente por el caso argentino: una democracia política precaria y ausente durante largos periodos pero acompañada por una sociedad poco tolerante a las desigualdades, con sectores populares de elevada autoestima y capacidad de movilización social y política. Y donde las desigualdades son mas atribuidas al funcionamiento de la sociedad que a la responsabilidad de los individuos. Aquí el impulso democrático es alto pero el desarrollo capitalista es precario y no permite una redistribución significativa estable. Procesos distributivos significativos hechos posibles por coyunturas internacionales favorables antes que por la existencia de un capitalismo maduro explican este desarrollo de la democratización social.

En relación a este último tipo, si bien no es concebible hoy amenazas a la sobrevivencia del capitalismo puede hipotetizarse que en sociedades donde el impulso igualitario socioeconómico es alto y no existe un capitalismo con capacidad para financiar un Estado de Bienestar significativo, el mayor nivel de conflicto que se genera afectará al propio desarrollo capitalista que presentará serios problemas de funcionamiento; además, en estas sociedades la falta de respuesta a las expectativas ciudadanas puede ocasionar deslegitimación de la democracia, desafío a la autoridad y conducir hacia situaciones de intenso conflicto, desorden y aun anarquía. El orden social puede ser afectado por una crisis de legitimidad de la autoridad producida por la creciente desigualdad y exclusión en una sociedad que está informada y social y políticamente activada. Aquí, las reglas que otorgan legitimidad a la autoridad tornan ilegítimas tanto a la autoridad como a las propias reglas fundamentales. De allí a la anarquía, o al autoritarismo, solo un paso. Todo ello puede dañar seriamente el desarrollo capitalista de dicha sociedad.

Emprenderé ahora una recorrida histórica que permita ilustrar la discusión teórica previa en el caso argentino.

### **3. ARGENTINA: IGUALITARISMO FUERTE, CAPITALISMO DEBIL**

Argentina es una sociedad que avanzó en sus ideales igualitarios y en la elevación de los niveles de vida de su población, tuvo un gran desarrollo económico a fines del siglo XIX y comienzos del XX y desde mediados de este siglo su capitalismo fue dando crecientes signos de debilidad.

Así, de un país internacionalmente marginal, pobre, atrasado y dividido se convirtió en una nación relativamente avanzada para los inicios del siglo XX. Se plasmaba un proyecto de país modelado y conducido por una generación que ponía fin definitivamente a periodos anárquicos, luchas provinciales permanentes y a la eterna rivalidad entre Buenos Aires y el Interior. Finalmente se consolidaba un Estado central con un ejército moderno. La elite propietaria construyó además una fuerza política, el Partido Autonomista Nacional que controlaría todos los ámbitos de gobierno: el ejecutivo, legislativo y judicial.

La transformación social profunda que se operaba era obra de una elite, denominada generación del ochenta, cuya apuesta casi exclusiva era a una renta ganadera considerable surgida del vínculo exportador con Europa, básicamente Inglaterra y para lo que proponía la defensa a ultranza el liberalismo económico. Fueron pilares fundamentales de este gran cambio, la conquista del desierto y la incorporación de nuevas tierras para cría de ganado, el proceso masivo de inmigración, la apertura al capital extranjero que entre otras cosas permitió ligar al país con el puerto a través del ferrocarril y el diseño e implementación de un proyecto de educación básica orientado a crear una nación. El voto censitario prevalecía durante este periodo.

Ahora, con un proceso político de construcción estatal, pacificación, expansión de tierras e infraestructura de transporte y una demanda inglesa sostenida, el proyecto ganadero-exportador podía alcanzar un gran esplendor. De esta forma, a cambio de la

exportación de carnes era posible esperar una corriente sólida de importaciones que proveyera todo lo necesario para una vida civilizada, moderna y hasta ostentosa. Se trataba de la producción de un excedente importante con muy bajas costos debido a la existencia de tierras de clima y pasturas privilegiadas. Ello sería la base para el surgimiento de una sociedad culta y sofisticada. El lugar de la industria quedaría reservado para aquellos talleres que no estuvieran expuestos a la competencia externa o en condiciones de afrontarla.

Pero tan pronto como se comenzó a transitar este proceso transformador surgieron tensiones importantes. La crisis del noventa fue el hito que provocó las primeras de importancia: el surgimiento de una fracción de esta elite expresada en La Unión Cívica primero y la Unión Cívica Radical inmediatamente después, enarbolando la bandera de la expansión del sistema democrático, fue ganando visibilidad y llegó a generar insurrecciones cívico-militares que jaqueaban el liderazgo político de la elite. La dimensión que la oposición intransigente significaba, comenzó a generar preocupación en la elite, la que tenía por otra parte que lidiar con los movimientos anarquistas y anarcosindicalistas de presencia significativa en la ciudad de Buenos Aires.

Luego de varios intentos de cooptación de sectores de la Unión Cívica surgió la convicción en la elite que no debía esperarse más para avanzar hacia un sistema político basado en el sufragio universal que aplacara por un lado los intentos sediciosos y que coronara en lo político la modernización socioeconómica que el país estaba experimentado. Un sistema político abierto quitaría razones o banderas a la oposición y si bien implicaba el riesgo de que la misma accediera al gobierno se especulaba que la maquinaria electoral conservadora podría prevenir esta posibilidad. Se creía firmemente que si el radicalismo accediera al gobierno no tendría condición alguna para gobernar con la capacidad que poseía la elite conservadora. De esta manera, y después de un periodo donde la oposición mostraría su debilidad e incapacidad para regir el país, el gobierno volvería a manos de la elite pero esta vez legitimado por un sistema democrático expandido con una oposición sin banderas y vencida en las urnas. Ello aseguraría continuar con el crecimiento sostenido y destino de grandeza que la generación del ochenta había concebido y se encontraba ejecutando.

Políticamente las cosas no se desarrollaron como esperaba la elite ilustrada. Los advenedizos no solo ganaron una primer elección, sino otra y luego otras. Nada indicaba que estaba cerca el día del retorno al poder por la vía del sufragio del partido político que expresaba a dicha elite. Para colmo, quienes les habían arrebatado el gobierno y lo retenían elección tras elección no eran sectores con gravitación en la esfera productiva por lo que habían procedido a utilizar al Estado como la principal fuente de recursos económicos para su accionar político. Es decir, que los radicales hacían política y acumulaban poder y legitimidad con los recursos que vía tributaria, y específicamente los impuestos aduaneros, le extraían a una elite poseedora del recurso exportable.

El segundo gobierno radical pareció establecer un equilibrio casi ideal. Un presidente y gabinete íntimamente ligado a la elite generó confianza en ella y un boom de crecimiento y modernización. Las divisiones y tensiones en el radicalismo entre irigoyenistas y antipersonalistas por un lado y estos en el gobierno, ligados a la elite conservadora por el otro, permitían que el proceso democratizador no colisionara sino que se complementara con los imperativos del modelo económico aceptado.

La orientación del último gobierno radical, evaluado por la elite como de posturas estatistas y populistas convenció de que había que renunciar a la reconquista del poder a través del voto y de que no había otro remedio que utilizar la fuerza para acabar con el radicalismo perpetuándose en el poder. Esto implicaba una regresión y una renuncia al modelo de sociedad avanzada en lo político implementado un tiempo atrás pero no realizarlo, se suponía, era poner en peligro las bases mismas del modelo de desarrollo adoptado. De esta manera el golpe militar de 1930 impulsado por los ganaderos terminó con la democracia.

Pero el proceso democratizador no había sido inocuo; se resistía y se filtraba por las contradicciones que la elite encerraba. Mientras que el sector nacionalista autoritario manifestaba preferencias por un sistema político de rasgos corporativos, un sector liberal quería un retorno a las formas democrático-republicanas, siempre y cuando el poder no volviera a manos de los radicales. Este sector acabó predominando y se reflejó en el cambio de Uriburu por Justo. A partir de allí, todas las maniobras necesarias para evitar que el radicalismo retornara al gobierno fueron ejercitadas: la anulación de elecciones donde el radicalismo triunfaba, la proscripción, los intentos de cooptación y el mismo fraude.

La década del treinta indicaría, de todas maneras, que sería imposible volver al gobierno de la elite conservadores a través de elecciones en un sistema democrático ampliado como había sido puesto en vigencia por Sáenz Peña. Ese periodo y la historia posterior, demostraría que elecciones limpias no iban a estar ya más asociadas a victorias de las fuerzas políticas que representaban al poder económico. De esta manera, fracasaba sistemáticamente el intento de domesticar o disciplinar políticamente a un electorado que porfiadamente se inclinaba en su voto por otros que no eran confiables para la elite.

Esta década iba a mostrar también crecientes dificultades en el modelo económico sobre el que la elite insistía. La guerra mundial y la gran depresión junto a la redefinición del poder mundial con un rol decadente para la principal aliada económica, Gran Bretaña, ahora recluida sobre el Commonwealth, pondría en cuestión al liberalismo agro exportador argentino.

El golpe de 1943, fue expresión de las contradicciones profundas que provocaba la crisis del modelo ganadero-exportador, el crecimiento de una industria sustitutiva de importaciones, la imposibilidad de estabilizar un sistema político que funcionara con legitimidad y las transformaciones operadas en la sociedad argentina por el flujo rural-urbano que concentraba población en Buenos Aires. Dicho golpe militar enterró cualquier esperanza de gobierno conservador con voto popular. El gobierno que surgirá finalmente de este proceso consagrado por el voto popular implicará una agudización en la tensión entre el capitalismo argentino y una nueva fase de democratización social, como consecuencia de la incorporación sindical y política de nuevos contingentes poblacionales.

Los gobiernos de Perón reiteraron en forma aun más aguda una tensión fundamental ya existente en el periodo radical. La elite económicamente dominante, ajena y enfrentada con el nuevo régimen será la que deba financiar vía tributaria, la protección y subsidio al incipiente proceso de industrialización sustitutiva de importaciones y la política laboral y social de Perón. La elite exportadora se vio nuevamente pagando la fiesta de otros a cargo del Estado.

El peronismo como el radicalismo en el pasado, tenía en los recursos estatales la fuente de legitimidad política y de permanencia en el poder para lo que efectuó un proceso de redistribución del ingreso de importancia. Sin duda la coyuntura de la segunda guerra mundial y los recursos que contribuyó a generar fueron centrales para dicho proceso redistributivo que otorgó un nivel significativo de bienestar a amplias capas de la población generando compromisos que eran necesario mantener y por ende recursos de los que era necesario no dejar de disponer. Este proceso redistributivo se expresaba en una fuerte protección del trabajador y sus sindicatos, el crecimiento espectacular de la cobertura de la seguridad social, la política salarial y de condiciones de trabajo generosas y acceso, con muchas facilidades, a bienes costosos como la vivienda propia. Este proceso marcó a fuego la conciencia de los trabajadores por un largo periodo en el futuro.

El régimen peronista no fue precisamente un ejemplo de republicanism y en lo político exhibió gestos de autoritarismo: reformas constitucionales destinadas fundamentalmente a permitir la reelección presidencial, manipulación de la Corte Suprema de Justicia, control ideológico, persecución de la oposición, son algunos de ellos. Pero sin duda operó un monumental proceso de democratización social que contribuyó a una sociedad más igualitaria. La elevación de la autoestima de los sectores populares fue en esto decisiva. De allí en más dichos sectores populares dejan de mirar al suelo para mirar a los ojos de los sectores sociales más acomodados.

Pero la acomodación keynesiana tenía dificultades serias para funcionar dado que si bien el extenso proceso democratizador contaba con el apoyo, aunque no fuera entusiasta, de una burguesía industrial que obtenía sus ganancias del proceso sustitutivo de importaciones, encontraba una oposición frontal de los sectores agro-exportadores, aun económicamente dominantes.

El golpe del 55 será el primero de una serie para cortar de cuajo “la irresponsabilidad populista”. La historia repetirá el proceso vivido en la época radical: proscripción y anulación de elecciones donde triunfaba el peronismo. Sin embargo nada hacía pensar que el pueblo “mal acostumbrado” por Perón iba a renunciar fácilmente a lo que él le había podido ofrecer. Los procesos electorales con el peronismo proscripto terminaban en gobiernos radicales débiles (léase Frondizi o Illia) ya que ni contaban con la simpatía de las fuerzas armadas y de los intereses del poder económico mas concentrado por un lado y debían vérselas, por el otro lado, con las demandas del peronismo expresadas básicamente a través de las estructuras sindicales.

A pesar de la inestabilidad política que lo caracterizó, los finales de los cincuenta y la década del sesenta fueron años de progreso económico. El país había avanzado en las industrias de base metalúrgica, petroquímica y petróleo; la industria automotriz nacional tenía adelantos; se desarrollaba la energía nuclear y existía fabricación aeronáutica; las universidades nacionales gozaban de prestigio y poseían un nivel de investigación científica destacable. Pero el torbellino político que atravesó la Argentina a la caída de Perón derivó en permanentes crisis políticas y nuevas irrupciones militares en el escenario, en especial la liderada por Onganía que se mostró incapaz de contener el descontento social y una incipiente violencia armada y que terminó conduciendo casi dos décadas luego de aquel derrocamiento, nuevamente al triunfo electoral del peronismo.

El retorno del peronismo al poder fue por un corto tiempo. No pudo evitar un proceso inflacionario significativo, contener demandas sindicales ni poner freno a la creciente violencia política que izquierda y derecha peronistas alimentaban. Este corto periodo sirve para ilustrar los límites de las prácticas populistas cuando la coyuntura económica internacional no es muy favorable. La muerte de Perón y el pequeño lapso de gobierno de su esposa iban a concluir en una nueva intervención militar, esta vez para dar origen a una de las más brutales represiones contra los propios ciudadanos que el mundo haya conocido. Los intentos de imponer una disciplina social con un régimen de economía liberal terminó en un gran fracaso, detonado por la derrota en una guerra absurda que fue la tumba de soldados pero también del propio régimen.

El fin del proceso militar en 1983 y la restauración de la democracia cerraban el ciclo iniciado mas de 50 años atrás por una elite económicamente poderosa pero carente de otra vía para llegar al gobierno que el golpe militar. Radicalismo o peronismo, pero no otros eran las únicas fuerzas políticas que podían acceder al Estado a través del sufragio. Pero esto refrendaba el hecho de que fuerzas políticas en control del Estado y sin mayor vinculación con el sistema productivo, recurrían a los recursos del Estado para financiar su accionar político y captar apoyo y legitimidad política de una población con profundos recuerdos distributivos y que demandaban o exigían en creciente medida al Estado. Así el sistema político se encontraba preso entre la presión popular por mejorar sus niveles de vida y clara restricciones colocadas por quienes gobernaban la economía. El caso del primer gobierno de la democracia fue claro en este respecto. Los representantes del poder económico concentrado y el movimiento sindical reunieron la suficiente energía para jaquear al gobierno hasta desestabilizarlo y forzar su temprana renuncia. La inflación y especialmente la hiperinflación fue la terrible arma con la que se procesó el conflicto distributivo.

Tantos años de fracaso en lo político ya que no volvieron a recuperar el gobierno por la vía democrática y de aventuras inconstitucionales o fraudulentas que terminaron en grandes tensiones y fracasos, llevó a la elite económica argentina a resignarse a no ser gobierno por la vía constitucional y a sentirse crecientemente extraños en su propia tierra. Abandonaron la tarea de diseñar una sociedad para convertir al país solo en una “oportunidad de negocios”.

Y esto quedó brutalmente evidenciado en el comportamiento que asumieron poco después de que Menem se hiciera cargo del gobierno. Efectivamente, por primera vez en el siglo XX y luego de la ley Sáenz Peña, los sectores económicamente dominantes dispusieron en una forma inesperada de un gobierno electo que les brindó terreno libre para llevar a cabo sus ideas y promover sus intereses. Menem, un peronista, les dio la oportunidad que nunca habían conseguido obtener por mérito propio, esto es, gobernar con la legitimidad del sufragio universal.

Este periodo demostró cabalmente el alma del conservadorismo contemporáneo en la Argentina y las diferencias existentes entre aquella generación de finales del siglo XIX que habían transformado al país y sus nietos y bisnietos. De hecho, estos no apostaron a un nuevo proyecto de refundación de la Argentina como sus antepasados; no había un nuevo proyecto de sociedad y una voluntad de transformación para que el país tomara una senda de producción y crecimiento. Los noventa fue solo una gran oportunidad para aprovechar y sirvió para que por un tiempo se mantuviera viva la ilusión de haber

ingresado en el primer mundo gracias a una moneda sobrevaluada. La actitud predominante fue la rapiña, la especulación y el consumo suntuario.

Así presenciamos apoyo incondicional a un proceso que iba desmantelando capacidades productivas, convirtiendo a la economía en una de carácter primario y sumergiéndose en un festival de consumo financiando por venta de activos físicos estatales o por crecientes niveles de endeudamiento. El silenciamiento de cualquier visión contraria a este festín fue unánimemente asegurado y se asistió a un resquebrajamiento de la sociedad argentina sin precedente.

Quizás sea aun muy difícil ponderar en su verdadera magnitud el tremendo mal que la experiencia menemista significó para el país y que pudo ser disimulada por la capa protectora que la estabilidad de precios y la sobrevaluación del peso generó en la conciencia de la sociedad. La destrucción masiva de puestos de trabajo y la amenaza de desempleo, el desamparo y la angustia que se apoderó de muchas familias fue de la mano de desorganización y conflicto familiar, reclusión individualista y violencia delincencial, frustración y resentimiento en alza. Al mismo tiempo, desde el poder, la orgía consumista y especuladora se abrazaba a la inducción de la transgresión como forma de ascenso y prestigio social; superficialidad y desincentivo al esfuerzo como valores dominantes. La Argentina entregó su alma y dejó que un cáncer destruyera sus tejidos a cambio de una estabilidad de precios y un consumo financiado por prestamos y venta de activos públicos.

Intentando recapitular lo anteriormente expuesto y en referencia a las acomodaciones entre capitalismo y democracia, el voto censitario no resistió el avance de sectores medios primero y populares después, sobre el arena de la participación política, expresados por radicalismo y peronismo respectivamente.

La acomodación keynesiana intentada por Perón en los cuarenta del siglo pasado entró crisis cuando erosionó a través del pleno empleo, el poder disciplinador que la recesión y el desempleo implicaba en los sectores asalariados. Los intentos redistribucionistas impulsaron la inflación, el mercado negro y demás mecanismos que procesaron el conflicto distributivo. Una y otra vez, la acomodación keynesiana fue intentada luego de la caída de Perón, una y otra vez para entrar en crisis y dar lugar a la respuesta liberal y autoritaria.

El “divide et impera” no funcionó como forma de acomodar capitalismo y democracia. Los detentadores del poder económico no pudieron basarse en la división que el radicalismo y el peronismo expresaban del voto popular para asegurar sus expectativas. Ambas fuerzas políticas se turnaron en el ejercicio del gobierno y colocaron tensión al funcionamiento del capitalismo. La competencia entre ellos no dejó nunca espacio para el gobierno de un partido que expresara a los sectores propietarios. En este caso, la división de los no propietarios no sirvió para el desarrollo capitalista.

Los grandes propietarios, sin expresión política propia relevante se recluyeron y en general adoptaron una actitud defensiva. No dejaron de ser dominantes en lo económico pero tuvieron que lidiar permanentemente con lo político; condicionaron al poder político desde afuera pero no lo controlaron. Los sectores de “abajo” han tenido el acceso al aparato del estado en la mayor parte del último siglo. Los dueños del poder económico tuvieron como único recurso el golpe militar o el fraude para llegar al poder

y siempre fracasaron en sus gobiernos. Así se generó una clase capitalista, extranjera en su propia tierra, sin un proyecto para su país mas allá de obtener toda la renta posible en el menor periodo de tiempo. La elite económica se resignó a ser gobernada por otros.

Eso sí, cuando la crisis enfrentaba a uno de estos gobiernos populares con el establishment, este solía contar al otro como aliado o por lo menos obtenía su prescindencia. La división de los sectores populares no servía para los intereses de los sectores propietarios pero aceleraba el deterioro del gobierno de cualquiera de ellos. El radicalismo fue a veces funcional para dificultar el gobierno peronista y el peronismo presionó hasta el fracaso a gobiernos radicales; el beneficiario de esto no fue el poder económico.

Entonces es falso que la política argentina haya sido bipartidista luego de la emergencia del peronismo. Esta fue la situación hasta mediados del siglo XX donde la aparición del peronismo la hizo tripartita. Peronismo, radicalismo y militares, expresaban a los diversos sectores de la sociedad. Los militares, a los sectores economicamente dominantes. La dinámica ha sido la de un “tute cabrero”, donde alianzas de dos terminaban acabando con el gobierno del otro: militares y radicales contra el peronismo; militares y peronistas contra el radicalismo; radicalismo y peronismo contra los militares.

De esta manera, el proceso histórico de los últimos setenta años, indica una tensión sin resolver entre democracia y capitalismo en la Argentina. El proceso democratizador protagonizado por el radicalismo y el peronismo generó procesos redistributivos o al menos intentos de realizarlos que chocaron sistemáticamente con un capitalismo frágil. En consecuencia quienes comandaban la economía real no podían conquistar el gobierno mediante el voto y cuando lo hicieron a través del golpe de Estado condujeron a crisis económica y violencia social. Pero tuvieron siempre la capacidad de vetar, bloquear y utilizar la huelga de inversiones o la fuga de capitales para defender los intereses que sentían afectados.

A su turno los partidos que impulsaron esta democratización social y política estuvieron jaqueados (y a veces defenestrados) por el poder económico pero no le permitieron a éste ganar una sola elección y por lo tanto tomar las riendas del país con legitimidad. Más aun, tuvieron la capacidad de aprovechar los errores y las falencias de los procesos militares para volver a poner en vigencia la compulsa electoral. Y además quedó demostrado que las demandas por democratización y redistributivas que poseen los partidos populares colocados ambos en una situación de oposición poseen una fuerza inusitada.

El conflicto y la tensión vienen de lejos y la naturaleza del conflicto tiene a envilecerse. Como en una pelea donde nadie vence al otro, la tentación a acudir a cualquier arma implica creciente degradación de la lucha. Esto también sucede en el ámbito de la sociedad. Los dominantes especulan, depredan, les despreocupa la suerte de quienes quedan fuera de la sociedad, evaden, se encierra en ghettos de lujos, invierten o envían sus ahorros al exterior, demandan mano dura contra el crimen, atacan ferozmente a la política, los políticos y el sistema político. Los sectores medios y populares en enfrentan entre sí por el tema de la inseguridad, pero reclaman al sistema político con mas resentimiento, con más agresividad; trasgreden las normas como acto de justicia, depredan lo público, arrecian los comportamientos incivilizados. En suma, un escenario

hobbesiano comienza a imperar cada vez más nítidamente; la ley de la selva, con su consecuencia directa, esto es, el triunfo de los más fuertes termina generando más desesperación y rencor.

Es en este contexto donde mejor puede entenderse la problemática argentina. Una sociedad de fuerte impulso democrático y de un desarrollo capitalista errático, en verdad decadente, a pesar de ser una sociedad que tenía todas las atribuciones para un desarrollo capitalista significativo.

En el caso argentino los mayores deseos de igualdad no devienen en algo virtuoso sino en una situación donde cualquiera puede cuestionar las decisiones de otro. Si bien esto es positivo en cuanto significa la inexistencia de una dominación sistemática como experimentan muchas sociedades actuales donde los de “abajo” aceptan pasivamente su subordinación, el riesgo es el desorden y conflicto permanente.

Es posible hipotetizar que no es posible que una sociedad alguna y en especial una sociedad moderna, normalmente voluminosa y compleja que posee democracia representativa pueda funcionar sin jerarquía y autoridad legítima y dicha autoridad difícilmente emerge cuando no existen reglas de juego aceptadas, siendo esta aceptación función del nivel de respuesta a las demandas ciudadanas que dicha democracia tenga. No es difícil suponer entonces que una sociedad sin reglas de juego respetadas y por lo tanto sin nadie que las haga valer (esto es, autoridad) puede ser democrática pero conflictiva y anárquica. Y esta situación no es la más propicia para el desarrollo capitalista. Aquí yace posiblemente una explicación de la debilidad o mediocridad del desarrollo del capitalismo argentino.

#### **4. PRESENTE Y PROBABLE FUTURO**

La primera década del siglo XXI en la Argentina estuvo signada por hechos críticos y también por un notable contraste. En su primera parte, el estallido del fenómeno de la “Convertibilidad” producido al final del gobierno de la Rúa y comienzos del de Duhalde, sumió a la sociedad en una crisis sin precedentes. Junto a las penurias ocasionadas por la gigantesca devaluación, el alza de precios y la consecuente caída en los ingresos reales, se sumaron la no disponibilidad de los ahorros bancarios y una parálisis económica en un contexto de muy alto desempleo. Por otra parte la disrupción económica desató una crisis socio-política aguda: repudios masivos a las figuras y estructuras de la política junto con resentimiento y frustración generalizados, sensación de caída en un abismo, conflicto social y deterioro del tejido social. Las calles fueron ocupadas por diversos grupos protestando o expresando un conjunto de demandas y un número elevado de ciudadanos buscaron un mejor presente y futuro en otros países.

La elección presidencial de 2003 indicó una reversión notable de la crítica situación. El triunfo de Kirchner, que aunque obtenido con un bajo porcentaje de los votos, surgió de una compulsión electoral con alta participación ciudadana y voto positivo, fenómenos que no parecían posibles solo unos meses atrás. Ello permitió retomar la senda institucional en un contexto político más sereno.

Además las actitudes presidenciales de colocar límites a los acreedores externos y a las demandas de las empresas de servicios públicos privatizadas, de reivindicar una política de derechos humanos, de apuntar a la reforma de un sistema policial y judicial sospechado de corrupción, captaron la adhesión de vastos sectores de la población transformando los escasos votos en muy amplio respaldo.

Esta situación permitió especialmente ganar la adhesión de sectores medios urbanos por tradición refractarios a los gobernantes de signo peronista y permitió además generar la sensación de que la crisis social, política y económica causada por la caída de la convertibilidad era algo que comenzaba a quedar en el pasado y que lentamente, con dificultades, comenzábamos a dirigirnos hacia un futuro mejor.

Este escenario sociopolítico fue acompañado por una notable recuperación económica ya que los efectos de la devaluación y su impacto sobre el comercio exterior estimularon la actividad exportadora, especialmente en el sector agrícola el que había realizado en los años previos una notable revolución tecnológica y que encontró además un ciclo de precios internacionales elevados. El aprovechamiento de una capacidad ociosa significativa en el sector fabril, acumulada durante los años anteriores, fue otro pilar fundamental para la recuperación de la actividad económica.

Pero a pesar de un crecimiento sin precedentes de una década de duración, el país no logra demostrar un avance significativo en el orden internacional. Sigue quedando muy atrás de Brasil en la evolución de su aparato productivo y no consigue avanzar o más bien retrocede en campos tales como el desarrollo de las exportaciones industriales de origen no agrícola, la autosuficiencia energética o la calidad del sistema educativo.

El notable crecimiento económico generado por un fuerte impulso del consumo no ha logrado dar respuestas a problemas clásicos de esta sociedad: universo delictual que se profundiza en extensión y violencia; muestras continuas de intolerancia en las protestas; ausencia de Estado regulando los servicios públicos, etc

Por ello una coyuntura desfavorable en los precios para los productos agrarios exportados por la Argentina podría conducir a que el calor de la reactivación económica y el apoyo extendido comenzara a ceder para volver a confrontarnos con un escenario mucho más conocido. Esto es, un gobierno que empieza a sentir los límites que le imponen los sectores económicos internos y externos relevantes, poniendo fin a cualquier expectativa de crecimiento sostenido con creación significativa de empleo, y por lo tanto agudizando presiones distributivas y alejamiento de sectores medios por incapacidad de resolver temas caros a los mismos. Y menos aun sin este escenario se dá en un contexto de confrontación entre fracciones del peronismo.

Este panorama plantea algunos dilemas. ¿Es posible el desarrollo de una sociedad moderna, democrática, civilizada, integrada socialmente, en un proceso sin fin de elites económicamente dominantes que al no controlar la dirección de la política solo les queda aislarse y estorbar cuando se siente afectada por un lado, y de gobiernos que expresan a sectores políticos populares cada vez más presionados por estos para resolver problemas que no pueden asumir?.

Debería ser ya bastante claro que será muy difícil que la sociedad argentina tenga alguna aspiración a un lugar de decencia en el concierto internacional con una clase

dominante en lo económico aislada, conspiradora, resignada a no retornar a la ilegalidad porque solo condujo a sus propios fracasos políticos y económicos. Por otra parte tampoco parece que las muchas décadas de gobiernos populares conduzcan a algo diferente si el énfasis es el uso y abuso del gasto público como forma de sostenerse en el poder. El tema central puede ser si existe un espacio entre un derecha especuladora y depredadora sin compromiso ni proyecto para su sociedad y un populismo irresponsable o impotente.

Con tantas décadas de empantanamiento y que se traduce en decadencia ¿es posible desatar este nudo que asfixia al país?

El futuro de la Argentina puede estar signado por la continuidad de la decadencia fruto de la tensión entre capitalismo y democracia: Es decir, ninguna modificación sustancial en el panorama ya conocido de los últimos 70 años. Este camino asegura la continuidad de la decadencia y degradación de esta sociedad. El panorama no es precisamente alentador: continuar con lo que ya se conoce: empresarios con escasa capacidad de presencia internacional y un Estado acosandolos para obtener los recursos que necesita para mantenerse en el poder. El resultado, decadencia quizás suave, pero decadencia e irrelevancia internacional al fin

Cuales son las opciones que se abren entonces dentro de este círculo vicioso que experimenta la Argentina?

1. **La imposición del “orden capitalista”**: o la búsqueda de lograr un capitalismo potente para el que es necesario refrenar el impulso igualitario de la sociedad argentina. Se trata de una vez más de gobiernos de filiación conservadora que mediante el voto popular o la ruptura institucional intenten un proceso de disciplinamiento social. Esta opción, aplicada por ejemplo exitosamente por el regimen pinochetista, disciplinó y sentó las bases para un capitalismo vigoroso en Chile pero tiene problemas de aplicación en nuestro país. Es decir, no se alcanza a ver que diferencias deberían existir con las dictaduras del pasado para hacer esta opción exitosa. Simplemente debería implementarse con una ferocidad difícil de imaginar y nada permite prever que haya margen para tal tipo de intento en el futuro cercano. La dificultad especial de esta opción además, radica en la extraordinaria fortaleza y capacidad de resistencia que reúnen los partidos populares cuando el orden constitucional ha sido quebrado. Y también es difícil imaginar que esta opción pueda recibir un apoyo mayoritario en las urnas especialmente luego del fracaso al que condujo el gobierno conservador de Carlos Menen.
2. **Populismo o la “revolución” estatista**: una opción de dudosa viabilidad en el contexto internacional contemporáneo dominado por una sola opción: el capitalismo. Una experiencia estatista compatible con un desarrollo capitalista significativo sería difícil de imaginar; un estatismo raquítrico, corrupto, burocrático serían sus mas posibles notas dominantes. El aislamiento internacional que supone y las carencias que provocaría solo podrían ser controladas con dura represión y sin garantía de éxito. Desde este punto de vista este camino tendría los mismos efectos y destinos que las dictaduras militares de la imposición capitalista conservadora. Solo ingresos extraordinarios derivados

de un coyuntura internacional favorable para el sector generador de divisas, esto es, el agrario o la disposición de bienes internacionalmente muy preciados (petroleo, por ej) podría dar durabilidad a este camino. De facto, los dos ejemplos de esta opción, los gobiernos de Perón a mediados del siglo XX y de los Kirchner en el XXI se sostuvieron en gran medida en coyunturas internacionales extremadamente positivas. En ausencia de dichos recursos, el populismo en Argentina se desploma como sucedió a mediados de los 70.

### **3. El liberalismo democrático**

Encarnado por los gobiernos radicales que existieron luego de 1930 esta opción ha presentado una extremada debilidad. Su republicanismo ha constituido su mayor virtud, pero como en el caso populista no ha tenido mayores raíces en el sistema productivo o en el poder económico y encontró en el manejo del Estado y sus recursos las armas centrales de su sobrevivencia y desarrollo.

Pero a diferencia del populismo los gobiernos radicales no tuvieron las coyunturas internacionales de los gobiernos de Perón o Kirchner ni tuvieron el pragmatismo de Menem para liquidar activos públicos para financiar el gasto público. Es muy probable que en una situación de coyuntura internacional favorable gobiernos de esta naturaleza tengan el mismo oxígeno que poseyeron y poseen los gobiernos populistas pero esto constituye solo una hipótesis contrafactual. De cualquier manera las dificultades de estos gobiernos para captar el voto de los sectores mas pobres indica la falta de posibilidades o ausencia de interés en desarrollar políticas redistributivas de alguna significación para dichos sectores.

La relación del Estado con el sector empresario no fue mas lejos que girar sobre la cooptación de empresarios a partir de la transferencia de recursos o favores públicos en general: los empresarios amigos o la patria contratista, útil para acercar recursos al poder político pero incapaces de generar una estrategia de desarrollo.

Quizas aquí esta el meollo de la decadencia argentina: un capitalismo débil sin envergadura para soportar una sociedad demandante y movilizadora, factor que a su vez debilita aun mas el proceso capitalista en un círculo vicioso. Y de hecho sobresalen algunos sectores industriales de base como acero o aluminio, modernos y exportadores constituyendo una verdadero enclave y un sector agrario dinámico y moderno al que la coyuntura internacional le dio una gran oportunidad. La industria restante se limita en mayor o menor medida a ser una armadura de partes, con escasísima capacidad de competir internacionalmente.

Un intento para dar cuenta de la crisis y estancamiento que la sociedad argentina ha experimentado en las últimas décadas explicita el concepto de “empate hegemónico”<sup>2</sup> para expresar la incapacidad que poseen las diversas fuerzas sociales y políticas para que su proyecto pueda subordinar los intereses que se le oponen. Este empate estaría, entonces, en la raíz de las idas y vueltas de la sociedad, ya que los principales actores sociales no pueden “torcerse el brazo”.

---

<sup>2</sup> Ver PORTANTIERO Juan Carlos (1987)

Pero como la idea de empate implica la existencia de básicamente dos contendores, al ser extendido al terreno de la dinámica social puede llegar a sugerir que están en juego dos proyectos que amalgaman cada uno de ellos diversas fuerzas sociales. Una interpretación de este tipo sería errónea: no se trata de dos proyectos luchando por imponer hegemonía a la sociedad. Se trata más bien de que, por un lado, los sectores dominantes dejaron tempranamente de actuar como clase dirigente de la sociedad,<sup>3</sup> esto es perdieron su hegemonía,<sup>4</sup> renunciaron a reconquistarla, se encerraron en la defensa de sus intereses sectoriales y recurrieron abiertamente a la coerción cuando pudieron y de que, por el otro lado, los sectores subordinados no tuvieron capacidad de articular sus intereses en un proyecto con pretensiones hegemónicas.

En realidad sería mas apropiado hablar de ausencia de hegemonía. Ni los sectores subordinados tienen un proyecto de cambio social profundo y condiciones para realizarlo en caso que existiera y por otro lado el capital no lograr convencer culturalmente de la naturalidad de la desigualdad que ocasiona su funcionamiento. La consecuencia de ello es la vigencia de un proceso que impide avanzar en una determinada dirección en forma sostenida

## **5. HACIA UN SOCIALISMO DEMOCRATICO?**

Avanzar en la discusión sobre las posibilidades de un socialismo democrático requiere varias precisiones conceptuales previas que intentaré abordar. Y para ello es necesario en primer lugar fijar la mirada en el capitalismo. ¿Cuales son los elementos que definen a una sociedad como capitalista? En primer lugar la existencia de propiedad privada de los medios con los que se efectúa el proceso productivo y en segundo lugar por la capacidad de estos propietarios de decidir libremente qué, como y cuanto producir. La relación asalariada generalmente admitida como otro rasgo central del capitalismo no parece pertenecerle con exclusividad porque aunque lo distingue de formas pre-capitalistas de producción también podemos encontrarla en las sociedades que optaron por el socialismo.

Un elemento generalmente no considerado pero de importancia crucial a mi juicio para definir si una sociedad es capitalista o nó es la capacidad política de los capitalistas de imponer normas y políticas favorables a su desarrollo o vetar aquellas decisiones que puedan poner en cuestión el orden social vigente, si es necesario a través de regímenes autoritarios.

Por su parte el socialismo es definido por el control social de los medios de producción y de las decisiones de inversión aunque es necesario aclarar que en las experiencias históricas hasta el momento dicho control social debe ser leído como control estatal.

Ahora bien, tanto el capitalismo como el socialismo pueden ser concebidos como conceptos polares que dan lugar a un continuum con diversos tipos de imbricaciones

---

<sup>3</sup> SIDICARO Ricardo (1982)

<sup>4</sup> Ver la noción de “dominación sin hegemonía” de ROUQUIE Alain (1982)

(LESSNOFF 2004). Así, un caso relativamente “puro” de sociedad capitalista puede ser la Inglaterra del siglo XIX o los EEUU del siglo XX. Aunque en este último caso, por ejemplo, existen empresas que aunque jurídicamente en el campo privado dependen exclusivamente de las decisiones del gobierno norteamericano como ciertas fábricas de aviación militar, denominadas “cuasi-públicas” (SHONFIELD 1970)

Por otro lado la ex-URSS, la China maoísta o Cuba pueden ser señaladas como ejemplos mas o menos puros de socialismo aun cuando pudieran existir propietarios de medios de producción en pequeña escala.

Pero a lo largo del continuum podemos encontrar también casos donde las características de ambos tipos de sociedad se imbrican. El keynesianismo europeo mantuvo y mantiene control privado y público de medios de producción, decisiones privadas y publicas de inversión. Lo mismo sucede en el caso chino actual. Por lo tanto ¿como asignar carácter capitalista o socialista en estos casos.? La respuesta puede encontrarse en el predominio de uno de ellos expresado fundamentalmente en la capacidad política de la clase capitalista para imponer o nó sus intereses en última instancia. En el caso de los países europeos los propietarios de capital conservan el poder político de someter mediante amenaza o uso de la huelga de inversiones la capacidad de evitar que la socialización de la economía traspase ciertos limites. La reacción neoliberal al keynesianismo de Europa es una claro ejemplo de este fenómeno.

Por su parte el caso chino ejemplificaría el caso donde los capitalistas están “desplumados” de poder político y se someten a las reglas que impone el Estado a la actividad económica. Pero la dirección del proceso chino está en discusión (XIE et al 2012). Algunos sostienen que el control estatal de empresas publicas estratégicas y la regulación macroeconómica son suficientes para mantener disciplinado al sector capitalista de la economía. Por otra parte, otros sostienen que el sector público se está expandiendo en detrimento de la iniciativa privada y abogan por dar mayor vuelo a la empresa privada capitalista. El tiempo dirá si se trata de un proceso de modernización del socialismo chino al incorporar iniciativa privada o simplemente se ha iniciado un proceso de transición hacia el capitalismo que se completará cuando la clase empresaria privada capitalista china tenga el poder suficiente para imponerse a un socialismo en disolución. La conversión de funcionarios estatales en empresarios privados no ha sido un fenómeno marginal. De esta manera China puede dirigirse hacia un ejemplo innovativo de socialismo con apertura al capitalismo pero controlándolo o hacia un sistema capitalista dictatorial de los que abundaron en Occidente con restos de sector público en la economía

Las experiencias históricas parecen haber demostrado que la socialdemocracia europea es en realidad un capitalismo democrático con dosis significativas de intervención estatal susceptible de ser erosionado cuando se “pasa de la raya” según la visión de los dueños del poder económico. Por otra parte, las experiencias comunistas indican que una vez puesta en función la “dictadura del proletariado” no hay camino hacia un socialismo con democracia política

En otras palabras parece existir una imposibilidad de lograr una sociedad socialista con relaciones capitalistas subordinadas que al mismo tiempo coexista con una democracia política. En este caso existiría un control democrático sobre las grandes decisiones en la

economía y dejaría de ser un control meramente estatal para convertirse en control social de la misma.

Uno de las preguntas al comienzo de este trabajo era ¿Cuál Democracia? . Llegó ahora el turno de preguntarnos ¿Cuál socialismo? o más precisamente, ¿Qué es el socialismo?

La idea era simple y muy atractiva para los proletarios del siglo XIX: el capitalismo explotador se apropiaba de su esfuerzo y los sumía en privaciones y esfuerzos agotadores. El socialismo era poner fin a este calvario: el control popular de los medios de producción traería una distribución de la riqueza que mejoraría en gran medida las condiciones de vida de la población permitiendo que el trabajo dejara de ser un yugo para liberar la creatividad de los individuos y así brindar lo mejor de ellos a la comunidad a la que pertenecen. ¿Alguien no compra esta oferta?, siempre que no sea propietario de medios de producción, claro.

Una temprana discusión en las filas socialistas fue sobre el camino para llegar al socialismo. El debate pasaba por si debía llegarse mediante una revolución que acabara con el Estado burgués (Lenin) o en el caso de muchos países europeos, a través de la utilización de un arma que la burguesía había utilizado contra el absolutismo: el sufragio (Bernstein).

En este último caso se suponía que la gran mayoría de la población, esto es el proletariado, podía imponerse mediante elecciones y una vez en control del Estado, conducir el proceso hacia el socialismo. La duda por supuesto era si la burguesía iba a permitir ser despojada sin recurrir a violar el mismo orden por ella establecido pero ya no útil para sus intereses. Muchos años después, el caso chileno fue un claro ejemplo de realización de este temor.

La puesta en práctica de esta estrategia por parte de los socialistas en los países capitalistas más avanzados reveló que efectivamente los partidos de base obrera fueron obteniendo avances electorales importantes pero que para llegar al triunfo era necesario sumar a otras capas sociales y por ende había que “suavizar” los objetivos de instauración socialista aunque ello debilitara la homogeneidad que el planteo transformador tenía en los trabajadores fabriles.

Así finalmente los partidos socialistas llegaron al gobierno pero esto implicó postergar el “tránsito al socialismo” y ocuparse de dar respuesta a problemas más terrenales como mejorar las condiciones de trabajo, que permitían mantener el apoyo de quienes los habían elegido sin tener que lidiar con resistencias feroces de los capitalistas. (PRZEWORSKI 1985)

En verdad el keynesianismo vino a resolver el problema que entrampaba al socialismo democrático. El uso del pleno empleo y la regulación estatal hacía innecesario avanzar sobre la propiedad de los medios de producción ya que no era esto lo importante sino darle dirección. Los 30 años gloriosos señalan el apogeo de la social democracia con un manejo de la demanda agregada que produce una etapa de gran vigor capitalista unido a una notable mejora en las condiciones de vida de los trabajadores y en general de las bases electorales del socialismo. A esta altura el socialismo democrático se había convertido en capitalismo democrático.

El agotamiento del manejo de la demanda como instrumento central de política económica significó la crisis keynesiana. La erosión del poder disciplinador del capital sobre el trabajo se había debilitado como consecuencia de las políticas de pleno empleo y habían acabado en procesos de alta inflación junto a una crisis de acumulación que generaron el nuevo fenómeno de la estanflación.

La crisis keynesiana a su vez implicó la crisis del capitalismo democrático. Los instrumentos del pasado no funcionaban y el electorado se desencantaba con las gestiones social-demócratas. Al mismo tiempo caía el muro de Berlín. Desastre total para las dos vías al socialismo: la democrática y la revolucionaria. Ahora el capitalismo neoliberal tenía el camino libre para restaurar el siglo XIX.

Por ello, Hacia fines del siglo XX ya se podía evaluar resultados. La vía revolucionaria había mejorado las condiciones materiales de los asalariados pero mucho menos que aquellos países donde el socialismo democrático había hecho pie y el enorme costo pagado era la continuidad, sin viso de modificarse, de sistemas extremadamente autoritarios de gobierno y la constitución de una casta burocrática donde el bienestar del pueblo no parecía ser la preocupación principal. Por otra parte, el socialismo democrático que había logrado importantes avances en las condiciones de vida de la mayoría se habían convertido en capitalismo democrático y luego de haber domesticado el ciclo económico con las herramientas de la política económica, encontraba que el corcel de la economía se había desbocado y no respondía a los antiguos controles.

Ambos fracasos casi simultáneos abrió las puertas para el regreso triunfante del capitalismo liberal. El mundo se quedó sin opciones capaces de enamorar aunque algunos pocos continúen insistiendo en la vía revolucionaria y algunos otros en el regreso de Keynes, sin brindar mayores argumentos los primeros sobre como evitar los autoritarismos sin fin del pasado; hasta tal punto llega la confusión que la principal potencia comunista del mundo es una de las mas decididas a impulsar el capitalismo. Por otra parte, los intentos de revitalizar el keynesianismo no avanzan sobre el desempleo y la precarización ocasionados por el liberalismo remozado, es decir se animan mucho menos que en el pasado a traspasar los límites en cuanto a la prioridad que el capitalista posee sobre las decisiones de inversión y las modalidades de organización del trabajo.

La incapacidad entonces de seducción de la práctica socialista por un lado y la ingenuidad del planteo original merecen un análisis. A comienzos del siglo XXI y en el contexto de una sociedad informada y mas educada, las ideas “naive” tienen poca probabilidad de ser atractivas y en realidad la definición de que es el socialismo es no solo ingenua sino además muy confusa. Mucho mas frente a un capitalismo que ofrece cada día mas bienes para consumir y ha ido lejos en ganar la batalla de que bienestar y felicidad significan mayor consumo.

Preguntas como ¿es deseable reprimir la invención e innovación que generan emprendedores para dejarla en manos de funcionarios estatales? deben ser respondida. También otras ¿debe el Estado tomar control o intervención de las actividades económicas estratégicas (producción alimentaria, por ejemplo)? ¿qué valores deben acompañar al consumo para producir bienestar?

No se trata precisamente de la visión naive del “Peer to peer production system”. Quizás podría ser la producción de un conjunto de bienes y servicios básicos para el conjunto de la sociedad proveniente de un conjunto pequeño de grandes empresas. Estas empresas estarían también sujetas a las reglas y lineamientos surgidos de la voluntad popular por lo que deberían ser bastantes diferentes de aquella que conoció el socialismo real, ocupada y dirigida por burócratas sin escrutinio popular alguno.

Esto permitiría eliminar la existencia del capitalismo en un sector importante de la economía. Pero debería existir un sector capitalista de la economía para la producción de bienes otros que los básicos y la existencia de mercados para ellos. Algunas restricciones, no obstante, deberían existir: producciones depredadoras del medio ambiente o suntuarias.

La existencia de un mercado capitalista subordinado a una economía socialista y democrática es muy importante. De esta manera junto a generar una igualdad sustancial en la sociedad podría existir recompensas complementarias para el esfuerzo, la creatividad o la capacidad gerencial o de innovación

Fitoussi (FITOUSSI 2004) plantea que la determinación política de los ingresos es incompatible con la democracia. Siempre habrá de llegar un momento en que una mayoría, cansada de las incertidumbres inherentes a ese sistema de distribución, decidirá cambiar el sistema político para eliminarlas. Son pocos los individuos que se plegarían en efecto a la democracia, si su destino dependiera íntegramente del resultado de cada voto. Confiar la devolución de las riquezas y de los empleos a la democracia sólo puede conducir a una situación inestable que en el largo plazo pondría en duda la existencia misma de la democracia.

Este autor plantea que la democracia sólo puede subsistir como régimen político si limita su influencia sobre la determinación de los ingresos, de las riquezas y de los empleos. La factibilidad es una cuestión de grado: si el ingreso nacional se distribuye al 100% sin intervención de la esfera política, ya no queda lugar para la política, y por ende para la democracia. Si, por el contrario, el 80% de sus ingresos dependiera del resultado de una elección, los individuos formarían coaliciones, facciones, etc., que tornarían imposible la vida democrática. Un sistema de equidad es aceptable si no se dan circunstancias en que una mayoría relativa de los ciudadanos perciban que podrían salir ganando, en el largo plazo, si cambiaran de sistema, porque serían víctimas en el presente de una relativa exclusión. En síntesis, un sistema de equidad es entonces factible si una parte importante del ingreso de cada uno está determinada por procesos no políticos.

Control social de los aspectos básicos de la economía y mercados que den lugar a la creatividad e innovación serían los rasgos de una sociedad mas avanzada que la actual. Esta sociedad no tiene aun existencia. Por el momento la primacía la tiene el capitalismo liberal pero no hemos llegado al fin de la historia. Otras formas de organizar la convivencia humana seguramente surgirán en el futuro. El diseño de esa alternativa es tarea estratégica para los críticos del capitalismo liberal. Y además transformar a esa alternativa en algo creíble, deseable y por ende capaz de movilizar ampliamente para concretarla. Ahora bien, difícilmente esta alternativa pueda estar basada en las consideraciones ingenuas sobre la naturaleza y comportamientos humanos que tenia el socialismo del siglo XIX.

Un socialismo democrático como el que aludí no tiene viso de ser realidad en el corto plazo. El preponderante papel de Estados Unidos en el concierto internacional, principal sostenedor del capitalismo neoliberal torna difícil su existencia. Por lo tanto este tipo de sociedad difícilmente pueda instrumentarse en una sociedad aisladamente y en especial si esta sociedad es relativamente marginal en el concierto internacional. Las sociedades más importantes de la actualidad deberían “convertirse” al socialismo democrático y claramente estamos lejos de ello.

En cualquier caso este socialismo democrático no es otra cosa que la profundización del modelo de sociedad que modeló el capitalismo democrático europeo. La socialdemocracia o capitalismo democrático es hasta el presente el modelo de sociedad que mejor ha combinado capitalismo y redistribución, libertad e igualdad. Su implementación en los países europeos está en discusión y el tiempo dirá si se reconvertirá totalmente al modelo neoliberal hoy hegemónico. Sin embargo ni éste ni los estatismos autoritarios constituyen una opción deseable.

La Argentina está plenamente inserta en esta tensión y como señalamos tiene dificultades para adoptar plenamente un modelo neoliberal y restringe sus posibilidades cuando opta por versiones populistas-estatistas que no tienen condiciones de ser efectivamente anticapitalistas.

La democracia social o el capitalismo democrático es entre las opciones posibles la más deseable para este autor; pero es aquella de la que menos experiencia histórica tiene el país y quizás también la más difícil de llevar a la práctica en los tiempos que corren. Las posibilidades de que pueda ser implementada dependen de que se cumplan ciertos requisitos y se logren plasmar ciertos objetivos claves.

En relación a los requisitos indispensables para pensar en su existencia debe mencionarse en primer lugar, la existencia de un gobierno de ancha base de apoyo que le proporcione un respaldo parlamentario sólido. Las transformaciones importantes que este camino supone están destinadas al fracaso en una situación parlamentaria de debilidad. Las fuerzas que hoy en el país podrían llevar a cabo un proyecto social demócrata no son insignificantes aunque estén fragmentadas pero están lejos de poder garantizar dicha mayoría por sí solas. Es decir, que además de ser exitosas en la tarea de constituir un frente con pretensiones de gobernar deben pensar que su gobierno deberá ser un gobierno de coalición con la participación de fuerzas que puedan apoyar la estrategia social demócrata.

El segundo requisito crucial es la existencia de una coyuntura económica internacional muy favorable. En una economía pequeña y dependiente de insumos importados en gran escala para hacer funcionar su industria y así mantener niveles de empleo razonable, la existencia de precios internacionales favorables a los productos de exportación que ayuden a generar las divisas necesarias y aumentos de la producción y productividad en los mismos son claves para enfrentar los desafíos económicos y políticos que encontrará. Las perspectivas positivas del sector agrario argentino por un lado y las recientes noticias sobre las grandes posibilidades petroleras y gasíferas de la Argentina son muy importantes en este sentido.

Estos dos requisitos son suficientemente claves para pensar que el no cumplimiento de alguno de ellos hace simplemente inviable la opción social-demócrata.

Pero además existen tres núcleos de problemas que deben ser abordados exitosamente para la viabilidad del proyecto social-demócrata.

En primer lugar la puesta en práctica de una estrategia de desarrollo económico y de inserción económica internacional que defina el perfil productivo del país en el mediano y largo plazo. En consecuencia, esto implica definir los sectores económicos que serán aliados y privilegiados en este proceso. Una mala decisión en el diseño de esta estrategia tiene el fracaso al final del camino. Esto deberá permitir que la economía deje de depender de algún factor coyuntural para volver a postrarse tan pronto la influencia del factor desaparece. Debe generarse un conjunto de sectores de exportación que en forma sostenida sean capaces de proveer las divisas necesarias para evitar los colapsos que la economía argentina ha venido padeciendo recurrentemente.

En cuarto lugar, la transformación del Estado será una tarea esencial. El Estado argentino ha avanzado significativamente en su capacidad de captar recursos impositivos, pero sus capacidades de gestionar y fiscalizar la acción privada es cercana a cero. Así son extremadamente pobres los servicios públicos que se prestan o el cuidado del medio ambiente. Construir capacidad regulatoria y fiscalizadora por un lado y el funcionamiento adecuado de la Justicia son los ejes centrales de la reforma. Disponer de fuerzas de seguridad preparadas y al servicio del orden democrático es también tarea central.

Finalmente debe reformularse el Estado de Bienestar argentino; esto es el voluminoso gasto social para producir una mejora perceptible en sus condiciones de vida por parte de la mayoría de la población. Es necesario enfatizar que aquí no se trata solo de introducir algunos “programas sociales”; la arquitectura de la política social debe ser reformulada para garantizar una situación creciente de bienestar en la población, elementos sin los cuales no es posible ni obtener amplio respaldo para este tipo de gobierno y garantizar las condiciones necesarias para gobernar sin conflictos sociales que hagan peligrar su estabilidad.

La generación de puestos de trabajo será esencial pero para ello será necesario redefinir el concepto de trabajo para abarcar actividades que están distantes del anticuado concepto de “trabajo productivo”; los servicios personales son los más importantes generadores de empleo en el mundo moderno donde el porcentaje de mano de obra dedicada a producir bienes industriales y agrarios se encuentra en franco descenso.

Una fuerza o una coalición de fuerzas políticas que impliquen el partido de la producción con un proyecto de inclusión ciudadana y en un contexto de instituciones republicanas es el camino que puede permitirle a la Argentina liberar sus energías creativas y comenzar un sendero de crecimiento y bienestar. ¿Será posible?.

Se trata ni más ni menos que del diseño y puesta en práctica de un nuevo proyecto de país que la Argentina no tiene desde los tiempos de la Generación del Ochoenta. Esta vez de naturaleza democrática y republicana

Debe reconocerse sin duda que se trata de una apuesta difícil y sin aval en la historia de este país.

## BIBLIOGRAFIA

BOWLES, Samuel y GINTIS, Herbert (1986) "Democracy and Capitalism" Basic Books, Nueva York.

CASTLES, Francis 2004 Castles Francis G. "The Future of the Welfare State" Oxford University Press, Nueva York.

CEPAL 2004 "Panorama Social de América Latina 2004", Santiago de Chile.

DAHL, Robert (2004) "La Democracia" en Post Data No. 10, diciembre, Buenos Aires

FITOUSSI, Jean Paul (2004) "Globalización, mercado y democracia" en PNUD "La Democracia en América Latina: contribuciones para el debate", Buenos Aires

ISUANI, Ernesto Aldo (2010) "The Argentine Welfare State: enduring and resisting change" International Journal of Social Welfare, Vol 19 pag 104-114, . Blackwell, Londres

ISUANI, Ernesto Aldo (1991) "Bismarck o Keynes: quien es el culpable?" en Isuani, Ernesto Aldo, Lo Vuolo, Rubén y Tenti, Emilio "El Estado de Bienestar: la crisis de un paradigma" CIEPP/Miño Dávila editores, Buenos Aires

LESSNOFF, Michael (1979) "Capitalism, Socialism and Democracy" Political Studies Vol. XXVII no. 4, Diciembre, Blackwell

O'CONNOR, James (1984) "Accumulation Crisis" Blackwell, Nueva York

PIERSON, Paul (1994). ¿Dismantling the Welfare State? Cambridge University Press. Cambridge, Reino Unido

PORTANTIERO, Juan Carlos (1987) "La Crisis de un Régimen: una mirada retrospectiva" en NUN, José y PORTANTIERO, Juan Carlos compiladores "Ensayos sobre la Transición Democrática Argentina" Puntosur, Buenos Aires.

PRZEWORSKI, Adam (1985) "Capitalism and Social Democracy", Cambridge University Press, N.York

ROUQUIE, Alain (1982) "Hegemonía Militar, Estado y Dominación Social" en ROUQUIE, Alain compilador "Argentina, hoy" Siglo XXI, Buenos Aires

RUESCHEMEYER, Dietrich et al. (1992) "Capitalist Developmente and Democracy" The University of Chicago Press, Londres.

SIDICARO, Ricardo (1982) "Poder y Crisis de la Gran Burguesía Agraria Argentina" en ROUQUIE, Alain (compilador) "Argentina, hoy" Siglo XXI, Buenos Aires.

SHONFIELD, A. (1970) "Modern Capitalism", Oxford University Press, Londres.

XIE, Fusheng et al. (2012) "Guojinmintui: A New Round of Debate in China on State Versus Private Ownership" Science & Society, Vol. 76, No. 3, Julio